

# LA MUERTE SE VA A GRANADA

OBRA EN DOS ACTOS Y UN GRAN FINAL

(FRAGMENTO)

Fernando del Paso

Homenaje a Federico García Lorca en el centenario de su nacimiento —1998—



## ACTO II

### CUARTO CUADRO

*En la celda de Federico en el palacio del Gobierno Civil de Granada. Es de noche. Hay un sólo foco, desnudo. Federico tiene puesta su pijama y se halla sentado en su camastro, la cabeza baja apoyada en las manos, los codos sobre las rodillas. Hay también una pequeña mesa y una silla. La ropa de Federico cuelga de un gancho. Todo es blanco: las paredes, la ropa de Federico, su pijama, las mantas de la cama, salvo las pantunflas. Entra Ruiz Alonso, acompañado por un guardia civil permanece a su izquierda. Federico se pone de pie y lo enfrenta.*

RUIZ ALONSO:

Federico García Lorca:  
has de acordarte de mí,  
yo soy el tal Ruiz Alonso  
que te trajo preso aquí.  
La influencia de tus amigos  
los Rosales, no ha servido  
para hacerte perdonar.  
A José y Miguel Rosales  
los vamos a amonestar,  
y su hermanito Luisito  
tendrá que disciplinarse  
o arriesga su libertad.  
Y a su padre, Don Miguel,  
que ha ayudado a varios rojos,  
si vuelve a mover un dedo  
lo vamos a fusilar.  
Hoy vengo para decirte  
Federico, que mañana  
temprano, de madrugada,  
voy a llevarte a pasear,  
y café te voy a dar

para que estés bien despierto  
y con los ojos abiertos  
puedas bajar al infierno.

FEDERICO: Yo no merezco morir.

RUIZ ALONSO: Tú no mereces vivir,  
porque tú, con tus palabras,  
más daño le haces a España  
de lo que le hacen las balas.

FEDERICO: Yo tengo por qué vivir.

RUIZ ALONSO: Tú tienes por qué morir:  
eres traidor, Federico...

¿O te llamas Federica?

¡Sí, te pondré Federica  
por mariposo y marica!

*Federico levanta la mano como para abofetear a Ruiz Alonso, pero el guardia lo atrapa por la muñeca. Federico cede, temblando de rabia. El guardia lo suelta y Federico baja el brazo.*

RUIZ ALONSO: Encomienda tu alma  
[al diablo,  
que el diablo te está esperando.

Y voy a darte un consejo:  
para que mates al tiempo  
ve contando, con los dedos,  
—no son más de diez— las horas  
que te han de quedar de vida.

FEDERICO: ¿Yo matar al tiempo?

[¡Nunca!

Yo le doy al tiempo vida,  
linfa, fuego, sangre, aliento.  
El tiempo vive por mí,  
y yo por él me desvivo.  
Yo, con mis manos, al tiempo  
le doy de beber el cielo,  
y con mis labios, el viento.  
Vivo para amar al tiempo:  
yo soy la melancolía

del tiempo, soy su alegría,  
la oscuridad de sus noches,  
la luz de sus mediodías.  
Y yo viviré en el tiempo  
más de lo que tú imaginas.  
*(Le señala la puerta. Después, se lleva la mano al corazón.)*

¡Vete de aquí, Ruiz Alonso!  
Quiero conversar a solas  
con mi alma, de las cosas  
que le dan tiempo a mi vida  
y la colman de delicias,  
que le dan vida a mi tiempo  
con prodigios y caricias.

*(Hace con la mano el ademán de ¡Lagarto, Lagarto!)*

¡Lagarto, lagarto, vete!  
Vete de aquí, Ruiz Alonso,  
Hueles mal, me tienes hartos...  
¡Lárgate, perro sarnoso!

*Casi simultáneamente, Ruiz Alonso escupe en la cara de Federico y el guardia civil le da un culatazo en el vientre, con el rifle. Federico se dobla y cae de bruces. Salen Ruiz Alonso —muy alterado— y el guardia. Federico se levanta un poco, se limpia la cara furioso con el dorso de la mano y gatea hacia el camastro.*

FEDERICO: ¡Amargo! ¡Amargo!  
[¡Déjame tranquilo, Amargo!

*Se incorpora y se sienta en el camastro, con las manos sobre el vientre. Después se pone de pie y levanta los puños, en dirección a la entrada de la celda.*

FEDERICO: Lárgate, putrefacto, que te  
[eyacule el buitre.  
Sombras en espirales, líquidos

[planisferios  
de pus y de salmuera entre ramos de  
[abrojos  
te calcinen la lengua, Ruiz Alonso.

Lárgate, putrefacto, hediondo  
[carnicero.  
En lunas de antracita y en planetas de  
[ajenjo  
el fuego amurallado de un quirófano  
[rojo  
te desparrame el vientre, Ruiz  
[Alonso.

*Mientras Federico habla, entra sigilosa y tímidamente la niñera Angelina, con un chal sobre la cabeza. Carga una canasta. Queda sobrecogida por las palabras de Federico, quien no ha notado su presencia. Abraza fuertemente la canasta contra su pecho.*

FEDERICO: Lárgate, putrefacto, Dios  
[escriba tu nombre  
con la mierda de un ángel y con  
[niebla nocturna  
y alhucemas podridas te tapone los ojos  
y corone tus ingles, Ruiz Alonso.

Lárgate, diputado de la muerte violeta  
lárgate, putrefacto, embajador del cieno,  
vejiga de cloaca, hijo de perra y lobo,  
y ahogáte en tus babas, Ruiz Alonso.  
ANGELINA: *(Muy asombrada.)*

¡Ay qué cosas, señorito,  
tremebundas dice usted!  
FEDERICO: Olvídalas, Angelina,  
que otras cosas te diré...

¡Pero qué traes hoy, mujer?  
ANGELINA: *(Desempacando las cosas de la canasta.)*

Hoy le truje los pitillos,  
que tienen el camellito,  
FEDERICO: ¡Angelina, eres un ángel  
como tu nombre lo indica!  
ANGELINA: Usted sabe, soy niñera  
de una familia querida:  
los Fernández Montesinos,  
y lo seré hasta que muera  
y pues ellos me han pedío  
y también Doña Vicenta  
que yo al niño consintiera,  
yo le traeré lo que quiera...  
hoy también le truje, niño,  
su tortilla de patatas,  
un poquito de gomina,  
unas sábanas de Holanda,  
y su termo de café...  
FEDERICO: ¿Café? ¡Café y más café,  
eso me han de dar, café...!  
¡posos de negro café,  
munición de leche negra  
con algo de perfume y algo de  
[luzbel,  
grumos de sangre carbonizada  
en el alma topacio  
de las rosas de té!  
ANGELINA: ¡Ay yo no lo entiendo a  
[ustedé!  
FEDERICO: Dicen que Queipo de Llano,  
y lo mismo hace Valdés,  
comandante militar,  
sí a uno quieren matar:  
¡dicen que dicen: café!  
¡denle café, más café!  
Y café me van a dar...  
ANGELINA: Señorito, no habla en  
[serio...  
FEDERICO: Hablo, Angelina,  
[sonriendo... (Sonríe.)  
ANGELINA: Bueno, bueno, vaya ya  
probandito su merienda...

FEDERICO: ¿Recordarás, Angelina,  
todo lo que yo te diga?  
ANGELINA: Dígalo usted, señorito,  
hoy lo guardo callandito,  
hasta que usted me lo diga...  
FEDERICO: ¡Hasta que les digas tú,  
a mi padre y a mi madre,  
todo lo que yo los quiero!  
(Pausa.)  
Y a mis hermanos, Angelina, díles,  
a Concepción, que a nadie tanto quiero...  
a mi querido Paco, a Isabelita,  
que me pasó su ausencia, que hubiera  
yo deseado beberlos con los ojos.  
¡Y díles que los quiero  
como la nube al río,  
como la mañana al fieltro,  
como a la alondra al sueño...!  
A mi hermano, Paquito,  
que termine su libro, su novela.  
Que en ningún libro he visto, díle,  
tanto talento que respira y vuela...  
Díle también a mi madre  
que conserve mis dibujos  
como oro en polvo, oro en lápiz,  
oro en papel y colores...  
¿Te acordarás, Angelina?  
Y por último a mis padres  
que a mis amigos les digan...  
Pero no, no te acordarás...  
ANGELINA: Pues si no se los dirá  
usted mismo cuando salga  
desta gran calamidá...  
FEDERICO: No, Angelina, traeme tú  
[papel y tinta  
para que yo te lo escriba...  
Aunque no, ya no hace falta...  
ANGELINA: Usted manda, señorito...  
(coge la canasta)  
ya vendré por la mañana...  
(desde la puerta)

Quede con Dios, señorito...

FEDERICO: Vete con Dios, Angelina...

ANGELINA: *(Con tono festivo)*

Pues si va conmigo Dios  
y se queda Dios acá,  
¡lo tenemos que partí,  
señorito, a la mitá!

*Sale Angelina. Un momento después se oye de nuevo la puerta. Entra Ruiz Alonso. Federico, sentado en un camastro, se pone de pie.*

RUIZ ALONSO: Y sábelo de una vez...

No se lo he dicho a tu hermana:  
a tu cuñado Manuel  
lo pasamos por las armas.

*Sale, dando un portazo. Federico se lleva las manos al rostro. Luego, levanta los brazos.*

FEDERICO: ¡Se lo dije!

¡Le dije a Conchita que le dije a  
[Rafael...

y ahora tú también, Manuel,  
estás entre los muertos!

Entre esos muertos que yo conozco  
[tanto...

*(Lo alumbra una luz cenital.)*

¡Son los muertos de España,  
[muchedumbre

de hombres y niños que han vivido  
[muertos,

que no nacieron nunca: son  
[desiertos,  
son olvido, son nada, son herrumbre

y son cenizas de ninguna lumbre:  
flor herida, sus pechos entreabiertos  
de tierra y de candor serán cubiertos

por una blanca y dulce podredumbre.

De España son los muertos, alimento  
que da a la tierra una salvaje historia  
sin laureles, sin triunfo, sin victoria.

De gardenias azules es su aliento,  
sus ojos son el nido de la escoria,  
sus labios polvo que enamora el  
[viento...

*La escena se oscurece.*

#### QUINTO CUADRO

*La misma celda, a oscuras. Se encienden, una tras otra, tres antorchas que portan, según se verá a medida que la escena se ilumina lentamente, tres personajes en zancos vestidos con capuchas blancas estilo Kukuxklán y túnicas blancas que llegan hasta el suelo. Federico duerme en su camastro, agitado. Tres personajes vestidos de rojo sangre, con cabezas de toro del mismo color, salen de atrás de las figuras. En un principio, moverán sus cuerpos sin salir de su sitio, y los brazos como si fueran sus patas delanteras, que rascan la arena, listos para embestir, en tanto las figuras en zancos permanecerán siempre inmóviles.*

*(Suena la trompeta que anuncia el inicio de una corrida de toros.)*

TRES VOCES: ¡Somos toros pura  
[sangre,

somos toros pura muerte!

¡Ay Federico García,  
te llegó la última suerte!  
*(Pausa.)*

¡Ay Federico García: te llegó  
Sanjurjo, te llegó Queipo de Llano,  
te llegó Francisco Franco!

*(Suenan la trompeta.)*

*Entra el General Sanjurjo en su avioncito en llamas, blandiendo una espada, y atraviesa el escenario de un lado a otro.*

VOZ PRIMERA: ¡Ahí viene Sanjurjo,  
[el León del Rif,  
en su avioncito en llamas!  
SANJURJO: ¡Ay que si yo me quemó  
[se quema España!  
¡Con Franquito y sin Franquito  
[salvaremos a la patria!

*Sale repitiendo lo mismo.*

VOZ PRIMERA: ¡Ay Federico García!  
¡Ay que te llega la hora!  
VOZ SEGUNDA: ¡Ay que se te va  
[llegando  
la muerte que te enamora..!  
VOZ TERCERA: ... ¡la muerte  
[madrugadora!

*Comienzan a danzar entre las figuras en zancos*

VOZ PRIMERA: ¡Muerte que te quiero  
[muerte!  
¡Pena que te quiero pena!  
VOZ SEGUNDA: ¡Muerte que te  
[quiero negra!  
¡Negra que te quiero pena!  
VOZ TERCERA: ¡Pena que te quiero  
[roja!  
LAS TRES: ¡Pena roja, muerte negra,  
roja muerte, negra pena!

*Vuelven a quedarse en los sitios que antes ocupaban.*

*Suenan la trompeta.*

*Entra, en un patín del diablo, el General Queipo de Llano. En medio del manubrio del patín se levanta un gran micrófono. Queipo se mueve como guiñol. Atraviesa la escena de un lado a otro.*

VOZ PRIMERA: ¡Ahí viene Queipo de  
[Llano,  
merolico y asasano!

QUEIPO DE LLANO: ¡Esfa pafa ñofa  
[lesfa!

¡Muerfa tefa afa losfa  
cofa mufa nisfa tasfa  
safafa banfa difa jasfa!

¡Aspañalas, arraba Aspañala!

*Sale, repitiendo lo mismo. Los toros vuelven a danzar entre las figuras.*

LAS TRES VOCES: ¡Somos toros pura  
[sangre!  
¡Somos toros pura sangre!  
¡Ay Federico García:  
te llevo tu última suerte!

¡Ay Federico García!  
¡Ve tomando precauciones...  
tú no tienes los cojones que tenía  
Sánchez Mejías!

VOZ PRIMERA: ¡Ay Federico García!  
¡Ay que te llega la hora!

VOZ SEGUNDA: ¡Ay que se te va  
[llegando  
la muerte que te enamora..!

VOZ TERCERA: ...¡la muerte

[madrugadora!  
LAS TRES VOCES: ¡Ay Federico

[García!  
¡Húndete en el Sacromonte!  
¡Tú no tienes las agallas  
de Joselito y Belmonte!

¡Roja pena, muerte negra,  
roja muerte, pena negra!

*Vuelven a quedarse en sus lugares. Una luz muy tenue ilumina por unos segundos a un diablo gris con una capa torera gris también, desgarrada.*

LAS TRES VOCES: El diablo te hace  
[una capa  
de gusanos y gangrena...  
¡Ay ay ay ay ay qué pena!

*Una luz también muy tenue, ilumina a un ángel gris, inmóvil, con un puñal en la mano derecha, en tanto las otras las luces se apagan, salvo aquellas de las antorchas. Los toros y las figuras en zancos quedan en la penumbra.*

LAS TRES VOCES: Un ángel te abre  
[las venas  
para beberse tus penas...  
¡Ay ay ay ay ay qué pena!

*Entran y cruzan, danzando, el escenario, una mariposa amarilla, otra verde, otra anaranjada, otra morada y otra blanca.*

LA AMARILLA: ¡Ay de la pena  
[amarilla!

LA VERDE: ¡Ay ay de la pena verde!

LA NARANJA: ¡Ay de la pena naranja!

LA MORADA: ¡Ay ay de la pena morada!

LA BLANCA: ¡Ay ay ay la pena blanca!

TODAS: ¡Ay Federico García:  
un arcoíris de penas  
se hace ovillo en tus entrañas!

*Salen. Vuelven los toros, las figuras y Federico a ser iluminados.*

*Se escucha trompeta.*

*Entra, el General Franco, montado en un caballo de juguete, de los que se hacen con la cabeza —blanca en esta ocasión— y un palo. Lo siguen cuatro mamelucos que agitan sus alfanjes plateados en el aire. Marchan alrededor de Federico.*

LAS TRES VOCES: ¡Ahí viene  
[Francisco Franco  
en su caballo blanco!

¡Lo siguen sus mamelucos  
carniceros y barbudos!

FRANCO: *(Consulta un gran reloj de bolsillo.)*

¡Son las cinco en punto... de la  
[mañana!

¡Arriba escuadras a vencer,  
que en España comienza a amanecer!

UNA VOZ: *(Afeminada.)* ¡Y muerte a  
[los poetas mariquetas!

LOS MAMELUCOS: ¡Federica,  
(marica! ¡García Lorca, porca!

¡Federica, marica! ¡García Lorca,  
[porca!

¡Federica, marica! ¡García Lorca,  
[porca!

*Salen todos: las figuras de los zancos, los toros, Franco y sus mamelucos. Del fondo, aparece una figura de torero, con traje de seda negra y lentejuelas negras. Tiene también una máscara negra y guantes del mismo color. Arrastra una*

*capa torera negra también, con muleta, que tiene en la mano izquierda. La mano derecha la tiene en alto y en ella lleva, como se verá, una puntilla. Avanza con lentitud y elegancia hasta llegar a la cama.*

EL TORERO: Federico...¿me conoces,  
[mariquilla?

Soy Amargo,  
¡Vengo a darte la puntilla!

*Se queda inmóvil, con la mano en alto. La luz se extingue despacio, en tanto que escuchamos las voces de dos niños.*

EL PRIMERO: Pecopín pecopín...

EL SEGUNDO: Baldour, baldour...

EL PRIMERO: Apagar, apagar...

EL SEGUNDO: Luz, luz...

*La escena se oscurece y permanece así por unos diez segundos.*

#### SEXTO CUADRO

*Una luz cenital, tenue y azulosa como un rayo de luna ilumina a Federico, quien se encuentra de espaldas al público, de rodillas, con los codos apoyados en la cama, la cabeza inclinada, los brazos levantados y las manos en actitud de oración. Federico comienza a declamar. Unos segundos después aparece frente a él, del otro lado de la cama, una cruz de madera, delimitada por un tubo delgado de gas neón rojo, en la que él mismo — un actor que hace de doble— se encuentra crucificado y muerto, la cabeza inclinada sobre el hombro. Está descalzo, un pie sobre el otro, y sin sombrero, pero por lo demás está vestido: saco y panta-*

*lones, camisa, corbata, chaleco. En la palma de las manos tiene, pegadas, sendas rosas rojas. Otra rosa roja, en el empeine del pie. Desde luego permanece inmóvil. Se supone que Federico, con la cabeza baja, no lo ve en ningún momento.*

FEDERICO: ¡Oh Señor de los cielos!  
¡Oh Señor de los cielos, escúchame!  
Yo soy como tú me hiciste, Señor:  
me hiciste de tu sangre y tu saliva,  
de tu misericordia viva.

Señor, tú me hiciste ciego.  
Perdóname este amor que me  
[arrebata

la dicha y el sosiego,  
este amor que me mata  
con las delicias de su ardiente fuego.

¡Señor, Oh Señor de los cielos!,  
perdona este amor oscuro  
que no dice su nombre:  
perdóname, tú me hiciste un hombre,  
pero también ángel caído, impuro.

Señor, tú me hiciste así,  
Señor, tú me has negado  
a la mujer, María,  
sus pechos de leche tibia,  
sus dos muslos, bahía  
de ávidos peces espada,  
y nido de golondrinas.

Señor: me hiciste todo amor,  
y por tu amor amo las cosas  
que hiciste para mí, para mis manos,  
para mis ojos, Señor, para mis labios.

Amo a las rosas



y a las estrellas, y a los ruiseñores;  
amo del día los altos resplandores,  
y en el más claro rincón del  
[pensamiento  
tengo un altar para el agua y para el  
[viento.

Yo soy como tú me hiciste, Señor,  
y tú me hiciste amar los pechos lisos  
por donde el sudor escurre como un  
[río,  
y los falos erguidos  
de los que brontan los surditores del  
[estío.

Yo soy tu imagen, Señor,  
y amo en mí la imagen de tu hijo,  
de tu hijo varón.

De nadie, Señor, sino de ti es la  
[culpa  
que ame yo a los efebos  
de ojos como aceitunas  
serpentinadas que me miran  
como miran las gitanas  
que tienen mirada hombruna  
y pestañas que saben  
a sal y luna.

¡Oh Señor de los cielos!  
Yo soy como tú me hiciste:  
Señor, es mi martirio  
y mi ventura  
el amargo delirio  
y la feroz ternura  
que para mí elegiste.

Y porque así lo quieres,  
amo yo a los mancebos  
de piel de seda,  
torso de rosa nocturna

y espalda color canela  
que el terciopelo bifurca  
en la altivez de dos dunas  
de redondeada dulzura.

Muchachos de pie de yerba  
con suavidad de durazno,  
y humedades de cereza,  
donceles de sol y espuma  
de requiebrada cintura  
y frágil arquitectura,  
gitanillos de hermosura  
luminosa, torpe, obscena,  
arcangelical y turbia.

Señor, tú me hiciste así.  
Señor, ten piedad de mí.  
Señor, ten misericordia  
de esta posesión inmunda,  
bella, fulgurante, sórdida,  
que me ahoga y que me abrumba  
que me hiere y que perfuma  
mi vida y mis sentidos,  
que me inunda  
de fuego azul, de lepra,  
de vino y miel  
y blanca y fresca lluvia.

Señor es mi mala y buenaventuranza  
en el hombre amar y la imagen  
que es el espejo y gloria de tu  
[semejanza.

Señor, me amo a mí mismo  
porque hiciste de tu cuerpo el mío.  
Y porque a Él, me hiciste parecido,  
amo en mí a tu hijo.

Señor, te amo a ti como a mí mismo.  
Señor, yo soy Narciso.

*La escena se oscurece.*

SÉPTIMO CUADRO

*La misma celda. Un rayo de luz blanca cae, inclinado, de una ventana que no vemos. Federico, sentado en la cama, se pone de pie en cuanto escucha que se abre la puerta. Entra Ramón Ruiz Alonso, seguido por un sacerdote.*

RUIZ ALONSO: ¡Las cinco de la  
[mañana...  
Federico García: a paseo!

*Federico hace el intento de alcanzar su ropa.*

RUIZ ALONSO: ¡Así, en pijama,  
que la mañana está cálida!

*Sale. El sacerdote se adelanta, Federi-*

*co se arrodilla frente a él y le besa la sotana. El sacerdote murmura algo y lo bendice. Desde que se postra Federico, comienza a sonar una campana, con el tañido lento que recibe a los muertos en los cementerios. Federico se levanta, camina hacia la luz, y levanta la cara.*

FEDERICO: Granada oye la campana  
que para morir me llama...  
Hoy estreno amanecer  
pero no tengo mañana:  
yo ya sólo tengo ayer...

*La escena se oscurece.*

Obra publicada por la Editorial Alfaguara, 1998.

